

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

En su corazón

1 Samuel 27:1-3

Después de estar tantos años escondidos “errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra” (Hebreos 11:38), era muy grato hallarse por fin en una ciudad. Esto no solamente lo apreciaban los hombres fuertes que habían seguido a David su joven jefe, sino sobre todo sus familias: mujeres y niños, a quienes era muy difícil llevar consigo de un lado para otro, sustentarlos y rodearlos de cuidados. Pero, ¿a qué precio fue adquirida esta relativa tranquilidad?

Cansado de las constantes persecuciones de Saúl, David se desanimó. Dios le había concedido perdonar por segunda vez la vida a su rey. David había declarado categóricamente: “Como tu vida ha sido estimada preciosa hoy a mis ojos, así sea mi vida a los ojos de Jehová, y me libre de toda aflicción” (1 Samuel 26:24). Pero su fe se eclipsó; su confianza en Dios decayó: “Dijo luego David en su corazón: Al fin seré muerto algún día por la mano de Saúl; nada, por tanto, me será mejor que fugarme a la tierra de los filisteos” (27:1).

A primera vista este plan tuvo éxito. Aquis recibió amablemente a los fugitivos en la ciudad de Gat. Allí David y todos los que lo acompañaban pudieron habitar cada uno con su familia. Cuando Saúl lo supo, renunció a perseguirlos.

Pero la pequeña manada rápidamente se sintió incómoda en la ciudad real de los filisteos, llena de ídolos y de costumbres tan contrarias a los mandamientos de Dios. David entonces logró que Aquis le diera a Siclag, ciudad ubicada

al sur del país, donde pudo habitar con sus compañeros durante 16 meses.

Todo parecía marchar bien. Pero, ¿cuántos salmos compuso durante este período? ¿Dónde está la comunión que David tenía con Dios, las oraciones, los cantos, las alabanzas dirigidas a él? Lo único importante en ese momento era vivir y abastecerse. David llevaba a cabo incursiones, asaltos, y para evitar que Aquis supiera por cuenta de quién se efectuaban: “ni hombre ni mujer dejaba David con vida para que viniesen a Gat... no sea que den aviso” (v. 11). El rey de los filisteos “creía a David, y decía: Él se ha hecho abominable a su pueblo de Israel, y será siempre mi siervo” (v. 12).

Pero los amargos frutos de este alejamiento de Dios se harían sentir pronto. Los filisteos juntaron sus tropas para combatir a Israel. Aquis contaba con David y sus hombres para salir con ellos al campo de batalla. ¿Qué hacer entonces? ¿El hijo de Isaí pelearía contra Saúl a quien había perdonado la vida dos veces? ¿Se expondría a encontrarse cara a cara con Jonatán, su más querido amigo? ¿Se arriesgaría a luchar contra el pueblo sobre el cual esperaba reinar algún día? Había engañado a Aquis, y ahora le responde con evasivas: “Tú sabrás lo que hará tu siervo”. Aquis, persuadido de su devoción, quería constituirlo guarda de su persona durante toda su vida (28:2).

El ataque estaba previsto en el norte del país, en la llanura de Jezreel, la cual ya había visto y vería aún muchas batallas. Los ejércitos de los filisteos se pusieron en movimiento y recorrieron una centena de kilómetros hasta Afec. ¿Cuáles serían las duras reflexiones de David durante este viaje? ¡Ah, el enemigo supo tenderle una trampa en la que cayó fácilmente! En otro tiempo David había consultado a Dios. Gad el profeta le había indicado el camino a seguir; o Abiatar, el joven sacerdote refugiado cerca de él, había consultado a Dios para saber lo que debían hacer.

Pero David había abandonado todo esto. Había decidido “en su corazón” refugiarse cerca de los filisteos; ahora recogía los frutos dolorosos de lo que él mismo había escogido. Dios, quien tantas veces lo había librado, ¿no iba a intervenir para sacarlo de este apuro? Sin embargo, en este texto bíblico nada muestra que David haya invocado a Dios.

Las centenas y los millares de las tropas de los filisteos, conducidas por sus príncipes, desfilaron subiendo a la batalla. En la retaguardia, a su turno, David y sus hombres pasaban. En ese momento, cuando toda esperanza parecía perdida, Dios en su inmensa gracia intervino. Se sirvió de los príncipes de los filisteos para oponerse a la participación de los hombres de Israel en el combate: “Despide a este hombre, para que se vuelva al lugar que le señalaste, y no venga con nosotros a la batalla, no sea que en la batalla se nos vuelva enemigo” (29:4). Muy contra su voluntad, Aquis se vio obligado a devolver su protegido a Siclag, “la tierra de los filisteos”.

¡Maravillosa providencia divina! A pesar de la falta y del alejamiento de este siervo, Dios lo libró del terrible dilema en el cual se hallaba. Pero la disciplina debió seguir su curso. Siclag fue incendiada. “David y sus hombres vinieron a Siclag... y he aquí que estaba quemada, y sus mujeres y sus hijos e hijas habían sido llevados cautivos. Entonces David y la gente que con él estaba alzaron su voz y lloraron, hasta que les faltaron las fuerzas para llorar... Y David se angustió mucho, porque el pueblo hablaba de apedrearlo, pues todo el pueblo estaba en amargura de alma, cada uno por sus hijos y por sus hijas” (30:1-6).

Por la fe, el joven pastor había vencido a Goliat. Su confianza en Dios se había fortalecido a través de los años. Había experimentado liberaciones maravillosas por parte de Dios. En los numerosos salmos escritos durante su juventud había exaltado esta fidelidad y bondad, mientras

expresaba libremente las pruebas y las amarguras que atravesaba. Pero llegó el día fatal, en el cual dijo “en su corazón”: Para salvar mi vida nada hay mejor que huir al país de los filisteos. Ahora estaba sumamente angustiado. A causa de la amargura de sus almas, los que lo habían seguido durante tantos años hablaban de apedrearlo. Sus dos esposas que habían compartido su soledad, que lo habían colmado de afecto, habían desaparecido. ¿Estarían cautivas, heridas, mutiladas? ¿Serían esclavas?

Pero, en el hombre de fe, la disciplina del Padre daba sus frutos. En esta hora tan sombría, causada por sus faltas, cuando había perdido todo derecho al trono y sólo merecía el justo castigo divino, “David se fortaleció en Jehová su Dios” (v. 6). De nuevo consultó al Señor. Nuevamente halló fe, confianza, ¡y llevó a sus hombres a la victoria!

Muchos siglos más tarde, otro siervo, Pablo, “se propuso en su espíritu” (Hechos 19:21) un camino que pondría fin a su ministerio público y lo haría pasar por muchas dificultades. A su turno también experimentó la gracia infinita de su Señor, quien está muy por encima de lo que somos y de lo que no somos. En la noche de su angustia, “se le presentó el Señor y le dijo: Ten ánimo” (Hechos 23:11).

Cuán importante es no decidir jamás “en nuestro corazón” o “en nuestro espíritu” sin antes haber consultado con el Señor, quien nos ama y quiere dirigir nuestros pasos cada día de nuestra vida.

G. A

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas

PARA TODOS

1166 Perroy (Suiza)

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).